



por Marco Antonio
de la Parra

Santiago cero o la generación de los 30

Esto no es una crítica literaria. Mi interés en la novela de Carlos Franz, *Santiago Cero*, es por su temática, por la generación a la que Carlos pertenece. Con todos los golpes que la historia nos dio en las dos últimas décadas, quizás la generación más afectada ha sido la suya, los que hoy por hoy tienen treinta años y se vieron envueltos en el sandwich de los fracasos por todos lados.

salidas y un pasado vapuleado hasta el cansancio por las decepciones y la crítica pública más despiadada.

Mi generación cumplía la mayoría de edad en los tiempos cruentos del Golpe Militar, no alcanzó a levantar cabeza o recién abría los ojos a la participación histórica cuando el peso de los acontecimientos cayó sobre nosotros. Pero supimos lo que era la experiencia de la vanguardia, la voluptuosidad de las utopías y la excitación de fantasear el cambio como un gesto positivo. Creímos, aunque fuera un tiempo corto, en el futuro, el de la modernidad, el del encanto. Conocimos el dolor, sufrimos la nostalgia, respiramos con intensidad el pasado hasta hacernos arder los pulmones. Por eso cada bocanada de aire que exhalamos huele aún a recuerdos que pueden ser rescatados, a integración posible de la historia: tenemos material con que soñar.

La generación que está por encima a la mía sufrió un golpe mucho mayor y decisivo, ya que sí estaban en acción y habían trazado su existencia de acuerdo a los deseos que los años 60 invocaban. Es claro que les costó mucho más deponer la nostalgia. Es la generación que de verdad creyó vivir en el futuro, la más decepcionada, la que tuvo que vivir el duelo más penoso y más largo.

Los que hoy llegan a la veintena están ahítos de horizonte, llegan a marearse de posibilidades. Tienen incluso cierto candor frente a la historia que los hace portar el desencanto postmoderno sin luto, sin amargura, casi como marca de fábrica. No conocieron sino de oídas la experiencia revolucionaria y la modernidad les resulta casi un hábito. Han crecido entre el vértigo y se adaptan a él con una celeridad envidiable. La nostalgia les parece exótica y el pasado un planeta extraño con el cual se pueden hacer cambios de moda, de estilo, cultos cinematográficos, chistes.

EL JAMON DEL SANDWICH

La generación que está en el medio, la de los protagonistas de la novela de Franz, es la que más sufrió el vapuleo de todas las variables. Son los niños del Golpe, los que escucharon las discusiones y angustias de sus padres durante el régimen de la UP y que se enfrentaron a una adolescencia donde los ideales, además de ilusorios, eran peligrosos. Una juventud donde solo cupieron sueños narcisísticos, manifiestos de supervivencia y desarrollos a pasto de lo más individual de cada uno. No conocieron lo colectivo más que bajo banderas oficiales o militancias

aceradas y escasas. Quedaron flotando en la marea de los tiempos. Los habitantes del Santiago de Franz viven lo político como un trans fondo cruel e incierto, un gesto casi caduco y estéril que puede llevarse todo valor en su flujo. Más que la muerte la decepción, la rabia sorda que Franz ilustra con el gesto final teñido de anarquismo con el cual esa generación debió luchar.

Los jóvenes de *Santiago cero* conservan esa cicatriz. Algunos exitosos pero metidos hacia adentro. Quedaron con un tic de fracaso, una sensación de ser meros testigos de los hechos, de tener una cuenta pendiente en ese juvenil anhelo de todos los jóvenes de todas las épocas de venir a cambiar el mundo. No les quedó otra que el pragmatismo desatado o el creer que han podido montar el indómito corcel de la modernidad sin percatarse que la ola tecnológica nos ha dado vuelta a todos y que es imposible sostenerse en tabla alguna sobre su violencia.

Los jóvenes de *Santiago cero*, la generación que entra a los '90 al borde de la treintena, *la década dorada* como señalan las estadísticas, ha sido mellada por el más duro desapego, ha crecido en la desilusión y el desaire, ha sacado su fuerza del desgaste.

DUELOS INMERECIDOS

La novela de Franz es una novela de desilusiones, de duelos inmerecidos, de batallas perdidas, de oportunidades denegadas.

Es el Santiago que se ha vuelto testimonio vivo de una manera de ser, el urbano paisaje del chileno que comienza a interpretarlo con su heterogeneidad, su dificultad, su cosmopolitismo, su errabunda identidad perdida entre tiendas y avisos luminosos.

Su generación está presta a ser interrogada e investigada, a buscar en ella los vestigios de la fría guerra secreta de estos años, las mutilaciones del alma, los derroches que habrá que paliar a través de los años que el futuro nos entregue.

Todas las generaciones deberán contestar la pregunta que a fin de cuenta es la que escribe la historia: ¿Qué nos pasó? ¿A ti? ¿A mí? ¿A ellos?

Son novelas por escribirse. ■

A Carlos Franz lo conozco hace algunos años. Desde entonces me ha llamado la atención su tendencia a ser más refinado que lo usual y el aire de venir de otro mundo que aún en sus minutos de mayor espontaneidad no lo abandona. No en vano es hijo de diplomáticos y su vida es un periplo infantil por Europa, donde sus recuerdos de niño incluyen una casa de madera en miniatura en medio de la endeble primavera de Ginebra. Se parece dramáticamente a Ludwig II de Baviera mezclado con un Lenin joven antes de que perdiera el pelo (Lenin, no Carlos). Y tiene de estos personajes la ciega obsesión por lo que escoge y una aplicación implacable a la realización de sus anhelos.

Atípico, decidió tempranamente ser escritor, ese oficio que los chilenos solemos esconder o practicar más como un hobby que como una vocación, y ha organizado su vida en torno a esto.

Hace poco publicó su primera novela. Bien cuidada, pulida, repasada con rutina de orfebre, limpiando ripios a costa, incluso, de preferir sacrificar vuelos imaginativos en nombre de la limpieza de la prosa, deponer ambiciones y restringir puntos de vista con tal de lograr una obra cerrada, mínima, pero que tienda a lo perfecto. Incluso la tapa del libro, su diseño, su colorido, es de confección prolija y elección definida.

El título de la novela de Franz es *Santiago cero* y ya ha sido bien recibida por la crítica, premiada en un concurso y estoy seguro de que despertará el interés creciente del público en su figura al ritmo que a él le gusta, lento pero seguro.

Pero esto no es una crítica literaria. Mi interés en esta novela parte de otro lado, de la preocupación por su temática, de la generación a la que Carlos pertenece y de lo que ese título implica.

LOS GOLPES

Con todos los golpes que la historia nos dio en las dos últimas décadas quizás la generación más afectada ha sido la suya, los que hoy por hoy tienen 30 años y se vieron envueltos en el sandwich de los fracasos por todos lados, los que han debido reorientarse en medio de horizontes cerrados, con un futuro que no ofrecía en ese instante